

graban, la obra de la vida habría sido completa y feliz para ellos. Y agregó con hidalga confianza.

—¡Soy feliz! ¡He sido muy feliz!

Quedó un instante pensativa, y después de un rato de silencio, sonrojada y algo trémula, continuó:

—¡Y esa felicidad te la debo á tí, sí, á tí! No te olvido nunca, porque no puedo olvidar á quien me detuvo al borde del precipicio. Aquel amor era una locura.... Habría sido un infortunio para los dos.

Y sonriendo alegremente, bajos los ojos y encendida la color, díjome:

—Mira: ¿te he dicho que te debo mi felicidad? ¡Pues no es cierto! Nada te debo. Ya te pagué la deuda. ¿Sabes lo que hice cuando nació mi primogénito? ¿A que no lo adivinas?

—No.

—Le puse tu nombre. ¡Se llama como tú!

Y mi amigo, al acabar su narración, me miró satisfecho. Estaba contento de sí mismo, y en sus ojos titilaba una lágrima.

Abrióse en aquel momento la puerta del vagón, y un garrotero gritó:

—¡Estación de Rinconada! ¡Dos minutos!

## El Retrato del Nene.

(HISTORIA AMOROSA.)

—  
Á CIRO B. CEBALLOS.



... "tu auras fait un crime  
un crime n'est pas bien rific  
cil à faire, va, il suffit d'avoir  
du coutage après le désir...."

MALLARME.

La muchacha era simpática, alegre, trabajadora y muy metidita en casa. Los vecinos, que eran muchos y muy curiosos, no la veían sino rara vez, al entrar ó salir, cuando en el balcón, de mañanita, lavaba la jaula del canario, un canario muy bullicioso y cantador, ó cuando regaba aquel rosal anémico y entristecido, cuyas flores primaverales eran cada año más y más pálidas y caducas.

Inés se pasaba el día cosiendo, cerca del anciano, ó leyéndole los periódicos. Viejo empleado, pobre y con pocas economías, muy dado á la política, no podía vivir sin periódicos, sin el pasto diario de la chismosa gacetilla. Entretanto la tía, doña

Carmen, andaba por la cocina ó en otros domésticos quehaceres.

—¡Qué bonita muchacha!—decían todos.—¡Qué hacendosa y qué buena!

Julio mismo no sabe cómo fué aquello. Jamás correspondió Inés á sus guiños ni á sus plácidas sonrisas de enamorado.

La chica se mostraba desdeñosa y casi casi despreciativa.

El vió que la cosa no pegaba y dejó de pensar en ella.

Pero un día de fiesta, en marzo, á la sazón que charlaba en la esquina con dos ó tres amigos, pasó Inés muy guapa y empeñada, linda como un sol.

—¿Adónde irá?—dijose el mancebo, y siguió de lejos á la joven por calles y calles, hasta que la vió entrar en una casa de buen aspecto, allá por la Colonia de Guerrero, en una casa baja, cuyos dueños, á juzgar por el mueblaje de la sala, debían ser personas de cómodos y regulares recursos.

Julio, sin meditarlo, casi maquinalmente, volvió á su casa pensando en la niña, y en un dos por tres escribió en el primer papel que encontró á mano media docena de frases apasionadas, breves y concisas, para declarar su atrevido pensamiento. Pintábale un amor vivísimo, profundo, eterno, nacido de una mirada, y ardiente como el sol meridiano en día canicular; amor que era la única ilusión de su vida, primera y última esperanza de ella, término y meta de todos

sus anhelos y ambiciones. Esperó á la chica en el zaguán toda la tarde, y á eso de las cinco y media le dió el papel. Un papel, sí, que ese nombre merecía aquella carta escrita de prisa, doblada sin cuidado, entregada con despótico ademán, y para la cual no tuvo ni una mala cubierta. Y no porque Julio no la tuviera, sino porque se complacía en menospreciar las fórmulas sociales y alardeaba de caprichoso, singular y excéntrico.

La chica, sorprendida al parecer, toda trémula y ruborosa, tomó el papel, y sin decir oxe ni moxte, entró apresuradamente y ganó la escalera.

En varios días no vió Julio á su pretendida.

—¿Por qué no sale?—se decía.—¿Qué le pasa? ¿Estará enfermo el viejo?

Y desde su ventana, á través de los vidrios empañados, rotos y cogidos con las lánas de papel, observó horas y horas la casa de la chica. Hasta que una mañanita, cuando él salía camino de la escuela, con el Mainz bajo el brazo, apareció Inés en el balcón. Vióle encendida y sonrojada, pero alegre y risueña. Una mirada mortecina, una sonrisa zalamera, y una rosa caída como al descuido, y que al caer se deshojó, lo dijeron todo.

Julio volvió temprano, sin pensar en el pascó diario por Plateros y San Francisco. Le esperaba Inés, muy arregladita y com-

puesta. Al cruzar el patio, cuando el mancebo pasó cerca del balcón, hacia su pobre y destartado cuartucho, á tiempo que no había en acecho ni vecinas ni vecinos curiosos, Inés dejó caer un papelito que Julio se apresuró á recoger, y sin volver el rostro, subió la escalera y se encerró en su pieza.

El amor del estudiante estaba correspondido. ¡Y qué bien que escribía la chica! Letra clara, elegante, aunque de rasgos débiles y tímidos. Dicción correcta, expresiva y sincera. Le amaba, sí, le amaba, hacía mucho tiempo, desde el día en que le conoció, desde el día en que vino á vivir en aquella casa.

Inés no mentía. Le había sido simpático é interesante aquel mancebo de veinte años, pálido, melancólico, de negro y sedoso bigote. Era guapo el mozo, y, además, parecía de excelentes costumbres, estudioso, retraído, pulcro y enemigo de parrandas y juergas. Acaso era pobre como ella; acaso estudiaba briosamente para proporcionar en no lejano día á sus padres, allá en el retiro de un Estado distante, bienestar y abundancias, y pagarles con ellos, y con mucho cariño, tantos afanes, tantos sacrificios y tantas privaciones.

Inés leyó la carta de Julio, la encontró sincera, leal y apasionada, y pensó dar cuenta de ella al anciano y á la tía Carmen; pero temió que la solicitud amoro-

sa del melancólico estudiante fuese mal recibida. Otros amores con uno de Medicina le habian ocasionado muchos disgustos. Su padre era muy raro; pero la tía era peor. De seguro que verían mal al muchacho. Ellos no querían novios, y menos si eran estudiantes. ¡Todavía si fuera alguno del comercio, pase! Pero un estudiante... ¡quía! Tienen porvenir, es cierto; pero cuán pocos llegan á alcanzarle. Casi todos ellos son unos perdidos, llenos de vicios... Además: ella era lo único que el anciano tenía en este mundo... ¡lo único!

Resolvió no hablarles del asunto, y contestar la carta favorablemente, porque le quería mucho, mucho!

Bien se compadecía esta manera de proceder con el carácter de la niña. Era lista, y aunque un poco tímida, hizo valor de su timidez, y no vaciló en corresponder el amor de Julio.

Este, á su vez, era tímido también, más tímido que ella. Sin mundo, sin experiencia alguna, bueno de por sí y sin conocer ni apasionamientos ni contrariedades, soñador y melancólico, para él, siempre en conversación consigo mismo, siempre encerrado con sus añoranzas en el estrecho recinto de su alma, el amor era una fantasía poética, ó una aventurilla pecaminosa como tantas y tantas de sus compañeros que andaban siempre en enredos y líos. El amor como fantasía poética le parecía excelente

para hacer versos. Como aventura pecaminosa y equívoca un drama tentador, cuyas peripecias anhelaba conocer y cuyo final trágico no le asustaba, porque él era listo, y no dejaría que la cosa llegara hasta las últimas escenas. Ya sabría poner término á la obra en el punto más oportuno y conveniente. Le repugnaba proceder de mala fe; aquello no cuadraba con sus buenos sentimientos, con el buen concepto en que le tenían padres, amigos y parientes; pero ello es que cuando en algún corrillo, en los corredores de la Escuela, oía de boca de los compañeros la narración de tantas galantes aventuras, algunas tales y tamañas que le espantaban, no pudiendo él contar ninguna en que apareciera de protagonista, ora en amores con alguna mujer casada, como Ernesto; ora en lios con alguna pecadora, como Pepe y Emilio, ó en lances de seducciones y paternidades clandestinas, como Arturo y Jorge, se retiraba triste, le parecía que no era hombre, que sin esos devaneos y sin esas locuras, que locuras eran y muy grande (él no lo negaba), no había personalidad viril que fuese posible, ni juventud ni vida. Nada de esto decía; pero era el tema constante de sus pensamientos, su manía, manía que le perseguía por todas partes: en la Escuela, en la casa, en el paseo; en Plateros, al ver una mujer bonita; en el teatro, con cualquiera fábula dramática; en la zarzuela, ante las desen-

volturas de tiples y coristas, ó al ver tanta gente que salía de verbena, y tantas pecadoras provocativas y hermosas.

Aquellos amores fueron al principio bobos: cartitas y saludos, cartitas que le parecían tontas y saludos que se le antojaban fórmulas de cortesía, que todos tenemos para el amigo, lo mismo que para el desconocido; para la mujer hermosa y elegante y para la fea y cursi; para aquellos que nos simpatizan lo mismo que para quienes nos son repulsivos y odiosos.

Aquellos amores no tardaron en hacerse íntimos. Obtuvo Julio la primera cita. ¡Qué de emociones! ¡Qué palparle el corazón, como si fuera á salirse del pecho! La entrevista fué en el descanso de la escalera, y rápida, brevísima, á la hora en que, por frecuente descuido de la portera no ardía aún en el zaguán y en el pasillo las viejas lámparas brumosas y faltas de petróleo.

No eran fáciles aquellas entrevistas. La tía era viva y maliciosa, y el anciano no dejaba que su Inés, su gallarda Inés, le dejara á esa hora.

—Ven—le decía—siéntate á mi lado y léeme el periódico!

Había que obedecerle. En tanto Julio se desesperaba en la ventana, esperando la hora de la cita. Tanto, tanto se desesperaba, que una noche le dijo terminantemente:

—¡Esto no puede seguir así! No me agrada esta inquietud; me violenta, me exaspera....

—Si tú pudieras....

—¿Qué?

—Salir más tarde.

—¿A qué hora?

—A las once.... á las doce!....

—Si mi tía guarda la llave....! ¡Noche á noche la pone bajo la almohada....!

—Pues.... ¡cosa más fácil! ¡Tomarla de allí!

La idealidad imperó soberana en el muchacho. Aquellas entrevistas á la media noche, siempre temerosos y llenos de zozobra, tenían un encanto particular. Ella le abría su corazón. La confianza era cada día más franca, y en cambio de la apasionada sinceridad de Inés, Julio exponía sus proyectos de futura felicidad, sus más hermosos sueños de dicha, allá en la modesta casa paterna, cerca de los buenos ancianos que no cesaban de rogar por él.

Llegó octubre. Julio pasó medianamente, y pocos días después partió para el remoto Estado en busca del apacible hogar, donde sus padres le esperaban con los brazos abiertos.

Regresó á mediados de diciembre. Pretextó no sé qué exigencias de matrícula y dejó á sus padres.

Inés le lloró al partir; lloráronle sus padres al despedirle; pero no volvió á pensar

en ellos, ni en el hogar distante, luego que vió á la chica.

En la primera entrevista, después del regreso, qué de sueños azules, qué de ilusiones dichosas, qué de promesas para los años futuros y qué de juramentos apasionados. Una boda modesta; un juzgado en la villa natal; una casita muy sencilla y elegante; el cariño de los viejecitos.... la familia... en fin, ¡la felicidad!

Inés correspondía á tanto amor con su inocencia y su desinterés. Ni santos anhelos, ni locas ambiciones, la desviaban de aquel afecto que la unía á Julio como la hiedra al roble. Mas, ¡ay! pronto la mariposa cerúlea de la idealidad fué plegando sus alas, y en medio de los fantasmas vaporosos de aquel amor purísimo, apareciósele á Julio la imagen de Inés, opulenta de formas, soberbia de gentileza, pródiga y tentadora de hermosura. Aquellos amores le parecían á Julio inútiles, mezquinos, neciamente platónicos. ¡Cuán diversos de aquellos que eran como la indispensable novela de la vida de sus amigos y compañeros!

Cierto día, ó mejor dicho, cierta noche, en el descanso de la escalera Julio se mostró violento y disgustado. Le inquietaba la conversación allí, en aquel sitio, y propuso á Inés que fuera á su pieza: allí estarían con más comodidad; allí no temerían la llegada de algún vecino trasnochador. El

apuesto era feo, húmedo, lóbrego; pero el amor todo lo embellece y alegra. Harían de cuenta que estaban ya en su casita. Y la doncella cedió á los ruegos de su amante, y, noche á noche, mientras doña Carmen dormía y el anciano reposaba, el humilde cuartucho de Julio era teatro de un idilio dulce y romántico. El joven respetuoso . . . . ella confiada y amante al lado del futuro compañero de su vida.

Así pasaron meses y meses.

Julio no se presentó á examen sino hasta principios de año. Con trabajo logró pasar en Civil y en Romano, y voló al lado de sus padres. Pero no tardó en volver. Al llegar, á poco de llegar, supo la terrible noticia: Inés ya no vivía en aquella casa. Se habían mudado á otra, situada en un barrio: á una casita comprada con los ahorros del anciano, en la cual vivirían á sus anchas y en la cual podrían vigilar la finca sin necesidad de cobradores, que naturalmente exigían retribución por sus cuidados.

Allí buscó Julio á Inés.

La nueva casa fué fatal para el anciano, el cual, apenas instalado en ella, cayó en cama. Cuando Julio tuvo noticia de la enfermedad de don José, el honrado viejo estaba agonizante. Había testado en favor de su cuñada doña Carmen, y en pocos días una enfermedad pulmonar se le llevó á la tumba,

Todo varió. El cambio de domicilio y la muerte del padre de Inés, interrumpieron por varias semanas aquellos amores.

Tornaron las cartas, y al fin volvieron las citas, en el atrio de un templo, antes ó después de misa, ó en la casa de una amiga benévola.

Inés estaba triste y abatida.

Julio se manifestó muy apesorado por la muerte del anciano, y en una carta le decía á la joven:

“Hemos perdido á nuestro padre. Nunca tendremos lágrimas suficientes para llorarle. Yo tiemblo al pensar que el mejor día voy á padecer como tú. Yo participo ahora de tus dolores: cuando la muerte enlute mi hogar, ¿tendrás lágrimas para llorar conmigo?”

Este sentimiento no era profundo; pero sí muy sincero. Julio era bueno. Todo lo noble y levantado le era grato; pero le perdía una cierta vanidad, muy recóndita y disimulada en él. No le gustaba parecer bueno: creía que eso era impropio de su sexo, como señal de afeminación, como el rebajamiento de las energías y de la entereza de un hombre, y en charla con sus compañeros, más de una vez contó lances y percances mentidos en que él se hacía figurar como protagonista de más de una aventurilla amorosa, en las cuales él había hecho alarde de habilidad y experiencia. Necesitaba que sus amigos y compañeros

supieran que no era él tan tímido y bondadoso como le suponían. Y lo que al principio fué historia inventada, se convirtió poco á poco en realidad. Pronto no fué para Inés el mancebo respetuoso y delicado, el idealista melancólico, el soñador lleno de pasión. Más de una vez se estremeció la muchacha al oír en boca de su amante frases atrevidas, juicios acerca de los demás, que delataban en el mozo ideas amplias en punto á moralidad y rectitud. Julio las emitía penosamente, le dejaban dolorido y rebajado ante sí mismo; pero fatalmente volvía á ellas hasta que fueron en él cosa común y corriente. Desde entonces mudó de carácter. Le tentó la cantina; dejóse arrastrar á malos sitios, y al volver de una parranda, á la hora en que se apagaba la luz eléctrica, débil, agotado, enfermo de alma y de cuerpo, bajo la excitación fatigante del alcohol, algo, en lo más íntimo de su ser, le decía: "Vas mal, vas por muy mal camino! . . . ¡Qué dirían tus padres!" El, colérico contra el buen consejero que tan severamente le hablaba, se complacía, despechado, en recordar los pormenores de la juerga, y hacía esfuerzos para sentirse orgulloso de su nueva vida, muy pagado de su hombría juvenil, y fuerte y vigoroso para seguir adelante, en aquel camino por donde iban y transitaban tantos jóvenes y tantos compañeros.

Los libros dormían olvidados en un rin-

cón. Escribía poco á sus padres, pretextando exigencias del estudio, y siempre aquellas cartas, breves, brevísimas, terminaban con peticiones de dinero. Siempre dinero . . . más dinero! "Con lo que le mandaban no podía vivir. Necesitaba ropa, calzado, libros, libros nuevos: el profesor había señalado otro texto que costaba muy caro . . ."

La chica arregló las cosas como pudo: se vistió, salió para la casa de sus amigas y en una esquina tomó el tranvía, hasta llegar al punto en que Julio la esperaba. ¿Adónde iban? Saltaron del carruaje como dos hermanos y siguieron á lo largo de la calzada, bajo los chopos cubiertos de hojas nuevas. Ella, tímida y asustada. El, afable y placentero. Ocurrióle á Julio entrar en un panteón. Allí visitaron la capilla y se pasearon entre los sepulcros. Hallaban plácido y misterioso encanto en hablar de su amor en aquel recinto de la muerte, á la hora en que el sol caía, renovando en las cordilleras las pompas púrpureas de la aurora, cuando en árboles y vallados cantaban los pájaros, y las flores marchitas de los sepulcros despedían sus últimas aromas.

De pronto Inés se sintió sobrecogida de espanto, pavor de muerte le heló la sangre.

—Vámonos, Julio, vámonos!—decía—  
¡Tengo miedo!